

1975

## El Inquisidor de Ayala y el de Dostoyevski

Estelle Irizarri

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Irizarri, Estelle (Otoño 1975) "El Inquisidor de Ayala y el de Dostoyevski," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 2, Article 3.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss2/3>

This Crítica is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

## El Inquisidor de Ayala y el de Dostoyevski

Estelle Irizarry  
Georgetown University

El distinguido novelista y crítico inglés E. M. Forster, en su ya clásico libro *Aspects of the Novel* (1) propone para el estudio de novelas que la crítica se aparte de la actitud cronológico-histórica que tiende a clasificar las obras en vez de profundizar en ellas. Ofrece para el estudio de la novela una visión intemporal de todos los novelistas sentados juntos en un cuarto circular, escribiendo sus obras al mismo tiempo. Forster reúne a varios novelistas ingleses y los ve sentados en parejas idóneas que trascienden las épocas históricas a las épocas históricas a las que pertenecen: Samuel Richardson y Henry James, H. G. Wells y Charles Dickens, Virginia Woolf y Laurence Sterne, y selecciones de sus obras comprueban sus grandes afinidades a la vez que revelan sutiles diferencias.

Aprovechamos esta imagen sugerida por el crítico inglés para reunir a dos novelistas, no sólo de distintas épocas, sino también de naciones e idiomas diversos: Francisco Ayala, autor español de nuestros días, y Fedor Dostoyevski, novelista cumbre ruso del siglo pasado. Es a la vez 1950 y 1880; se les ocurre al uno y al otro escribir un cuento acerca de una figura que ejerce sobre ambos una tremenda fascinación: el Inquisidor de la España del siglo XVI. Por casualidad, acuden a su mente otros ingredientes comunes: el rigor implacable del temible personaje, un terrible secreto personal que lo hará tan atormentado y culpable como los culpados por él, y finalmente, un inocente condenado al fuego inquisitorial. El tema central ha de ser para ambos la libertad humana. Cuando Ayala pone el título de "El Inquisidor" Dostoyevski ya ha escrito el suyo: "El Gran Inquisidor".

Como se trata de dos escritores de primera categoría, no sólo artistas sino también pensadores, es de esperar que en cada autor el proceso creador rinda resultados muy distintos de acuerdo con la cultura y experiencia que forman su visión de la vida, a pesar del empleo de ideas y materiales parecidos.

La simpatía que siente Ayala hacia el gran autor ruso es evidente en su ensayo "El arte de novelar y el oficio del novelista", donde dice: "Me parece que, tomada en conjunto, la historia de ese supuesto género literario podría cifrarse en el intento de alcanzar, por caminos intuitivos, lo que especulativamente ha perseguido también el filosofar sistemá-

tico mediante el cultivo de la antropología. Por ello no debe extrañarnos que ciertos grandes novelistas, como Dostoyevski, que se asoma al abismo cuando contempla el sufrimiento de los inocentes y descubre que si Dios no existiera, todo estaría entonces permitido." (2)

Ayala elogia en Dostoyevski el don de alcanzar ese gran momento novelístico que describe como "asomarse al abismo", lo que Forster llama "profecía" y otros, simplemente "trascendencia." Como veremos más tarde, la observación final, que en la ausencia de Dios, "todo estaría entonces permitido" reviste importancia en el contexto de "El Gran Inquisidor" y Los hermanos Karamazov, .

Claro está que "El Gran Inquisidor" de Dostoyevski precede el cuento de Ayala, dato que hay que considerar dentro de la actitud de éste hacia los préstamos literarios. Harto ha insistido en el hecho de que, en argumentos y personajes "no hay nada nuevo bajo el sol". (3) Seguramente tiene que haberle impresionado la gran novela del autor ruso, donde se encuentra "El Gran Inquisidor" interpolado como especie de episodio o digresión en la manera cervantina, pues es sabido que Dostoyevski también leyó el Quijote. En la novela, el narrador del cuento es uno de los hermanos Karamazov, y como es natural, el relato contribuye a la cabal comprensión de la novela entera, además de constituir en sí una obra independiente.

Resulta de veras impresionante que la figura del Gran Inquisidor español haya inspirado a dos grandes novelistas a abordarla en cuentos. Tal vez sorprende más que un autor ruso haya escogido un tema tan específicamente español, aun cuando se han señalado posibles fuentes de inspiración en el Torquemada de Víctor Hugo o el Gran Inquisidor en la obra Don Carlos de Schiller. (4) Es notable también que para Dostoyevski y Ayala el interés se centre, no en la Inquisición en sí, sino en un hombre particular que ejerce el poder temporal fundado en el espiritual, y en ambas obras este hombre es una figura solitaria y trágica en su sufrimiento.

Conviene señalar que cada cuento, dentro de la producción de su autor, representa una obra maestra. "El Gran Inquisidor" de Dostoyevski ha sido publicado separadamente en antologías y tomos, algo así como el "Informe sobre ciegos" de la novela Sobre héroes y tumbas del argentino Ernesto Sábato. Los críticos V. V. Rozanov y Ralph E. Matlaw, quienes dedican estudios al cuento, lo consideran como la declaración filosófica y religiosa culminante de la obra dostoyevskiana. (5)

Sigmund Freud, fundador del Método psicoanalítico, declaró que "Los hermanos Karamazov es la más magnífica novela jamás escrita y el cuento del Gran Inquisidor es una de las cumbres de la literatura mundial. Los más altos encomios no resultan exagerados." (6)

"El Inquisidor" de Ayala ha sido objeto de estudios y elogios por parte de críticos contemporáneos, entre ellos, Keith Ellis, Andrés Amorós y Hugo Rodríguez-Alcalá. Los estudios de la obra escritos por los dos últimos profesores, y un poema de Max Aub, acompañan el cuento en una edición de Los usurpadores publicada por la Editorial Andorra en 1970. (7) La ficción de Ayala, publicada separadamente en 1950, viene a formar parte, a posteriori, de una obra más grande--la colección de cuentos Los usurpadores, originalmente publicada en 1947--donde adquiere mayor significación, del mismo modo que el relato ruso está intercalado en una obra de donde deriva conexiones adicionales. Curiosamente, hasta el presente, no se ha advertido ninguna relación entre el cuento de Ayala y el de Dostoyevski, hecho que me ha animado a escribir el presente trabajo.

"El Inquisidor"

Un breve resumen de los argumentos de las respectivas obras facilitará nuestro examen. Cooperando con Forster, soslayamos el orden cronológico, comenzando con el cuento de Ayala.

Lamentando la persistencia en su raza de quince siglos de orgullo y error, el Gran Rabino de la judería de una "pequeña ciudad de la meseta castellana" (122) se ha convertido al catolicismo. Lo vemos ocho años después, como obispo Inquisidor que se siente obligado, más que los cristianos viejos, a extremarse en su fe para compensar por el pasado y redimir a sus antepasados. Lo contemplamos en su hora más difícil, casi de madrugada, decidiendo la sentencia más extrema, que pondrá fin a un largo proceso de tres años contra su propio concañado, el converso Antonio María Lucero, preso por sospechas, y muchos otros judaizantes complicados en el asunto. Repasa mentalmente la escena del tormento de Lucero, satisfecho de que sólo él fue capaz de notar que las invocaciones que el procesado había proferido bajo los rigores de la tortura "contenían a veces, sí, el santo nombre de Dios. . .; pero ni una sola apelaban a Nuestro Señor Jesucristo, la Virgen o los Santos, de quienes, en cambio, tan devoto se mostraba en circunstancias más tranquilas" (124). Recuerda los ojos que brillaban a ras del suelo en la oscuridad del sótano, del procesado colgado de los tobillos. La hija del

Inquisidor, criatura inocente y huérfana de madre, aleccionada por los deudos de Lucero, había intervenido a favor de él, cosa que hizo al obispo resolver despedir al preceptor y maestro de doctrina de su hija, cristiano viejo, el Dr. Bartolomé Pérez. También le acude a la memoria el caso de su tío-abuelo, quien se hizo moro falso y llegó a ser muecín de una mezquita, de donde se burlaba de los moros. Durante la noche, el solitario prelado repasa minuciosamente los interminables folios, recordando sueños que le habían inquietado. En uno, estaba encaramado en una mezquita recitando una letanía incomprendible, y en otro, él es tomado por el procesado Lucero por error de los sayones y recibe desde el suelo, donde está colgado de los tobillos, la mirada fría de su concuñado.

Por la mañana entra el Secretario y luego la hija del Inquisidor; ya es casi mujer. Al saber que su tutor está preso por orden de su padre, ella le llena de reprensiones, en las que incurre en herejías que escandalizan al obispo y su Secretario. "--No me atrevo a pensar--le dijo--que si mi padre hubiera es-  
tado en el puesto de Caifás, tampoco él hubiera reconocido al Mesías" (136). Y con los ojos en el suelo le pregunta: "--¿Cómo puede estarse seguro de que la segunda venida no se produzca en forma tan secreta como la primera?. . . ¿Cómo saber. . . si entre los que a diario encarceláis y torturáis, y condenáis, no se encuentra el Hijo de Dios?" Por fin le lanza el más terrible desafío: "--¿A mí, porque soy tu hija, no me procesas? Al Mesías en persona lo harías quemar vivo" (137). El obispo, con una señal esperada por su Secretario, decreta el proceso contra su hija con la imploración (judai-zante) : "¡Asísteme, Padre Abraham!" La pluma rasguea sobre el áspero papel y "el prelado, pálido como un muerto, se miraba las uñas" (137).

Si en este resumen hemos hecho destacar la última escena, es porque alude a la situación que es central en el cuento de Dostoyevski, en el cual, efectivamente, el Gran Inquisidor quiere quemar vivo al "Mesías en persona", aunque está motivado por razones muy distintas.

"El Gran Inquisidor"

El relato de Dostoyevski comienza cuando Iván Karamazov cuenta a su hermano Alyosha el "poema en prosa" que compuso un año antes, el cual califica como "una cosa ridícula." Su cuento tiene lugar en Sevilla en el siglo XVI, cuando hace quince siglos que la humanidad deja de ver señales del Cielo y "no quedaba más que la fe" (120). "El" (no se emplea el nombre de Cristo en toda la narración) anhelaba visitar a sus

hijos el día después de un "magnífico auto da fe" en el que habían perecido casi cien herejes por orden del cardenal, el Gran Inquisidor. Aunque El viene silenciosamente, la gente Lo reconoce y pide que resucite a una niña muerta. El Gran Inquisidor, viejo de casi noventa años, observa el milagro frente a la catedral y su poder es tan completo que la muchedumbre abre paso a que los guardias Lo tomen preso. Durante la noche, el Gran Inquisidor entra en el oscuro calabozo del Palacio Inquisitorial donde El está encerrado. Lo que sigue, sólo interrumpido a veces por preguntas del oyente Alyosha y contestaciones del narrador Iván, es una larga exposición de las ideas del cardenal, explicando a Cristo por qué será quemado al otro día. Le dice que no tiene derecho a venir ahora cuando, después de quince siglos, el Gran Inquisidor y los suyos han corregido todos Sus errores, y además, lo han hecho en Su nombre. Señala que Cristo hizo mal al rechazar las tentaciones del demonio que podían traer la felicidad. Si hubiera accedido a dar pan al hombre, el mundo entero Lo habría tenido por Dios, evitándose las guerras religiosas. Renunció los poderes que pueden esclavizar: milagro, misterio y autoridad, a cambio del amor del hombre libremente ofrecido y la fe libremente dada. Pero el hombre es más débil y vil de lo que Cristo había creído y es infeliz con su libertad: saber el bien y el mal lo hace sufrir. Los Inquisidores, al aceptar la espada de César, aliándose con el tentador desde hace ocho siglos, podrán unir a la humanidad en un "hormiguero", y así alcanzar a la paz mundial y crear un estado universal.. Ya realizan la obra de controlar el pan y la conciencia para que los hombres, "pobres niños", conozcan una felicidad tranquila y humilde. Al depositar la conciencia con los Inquisidores, serán libres del sufrimiento. "Se alegrarán de creer nuestra contestación porque les salvará de la gran ansiedad y terrible agonía que ahora soportan ofreciendo una respuesta libre e individual" (135). Los débiles que nunca podrían aspirar al disfrute provechoso de la libertad, serán felices; en efecto, lo serán todos los millones de hombres, menos los cien mil prelados que los gobiernan. Estos sufrirán por la humanidad, aliviando su ansiedad con promesas de otra vida más allá, pero afligidos ellos porque saben la verdad. Alyosha interrumpe para protestar contra el generoso e inverosímil retrato de los jesuitas, quienes, según él, buscan sólo ganancia material. Iván arguye que aunque existiera sólo un hombre trágico, torturado por la tristeza y amando a la humanidad como su Gran Inquisidor, sería suficiente para justificar su cuento, pero él cree que siempre ha existido un hombre particular así entre los dirigentes de la Iglesia o

quizá una liga secreta formada entre muchos para guardar el misterio y proteger a los débiles. El Gran Inquisidor había pasado años en el desierto, pero decidió que la perfección propia vale poco cuando son millones los que no pueden llegar a ella. Alyosha adivina el secreto del Gran Inquisidor: no cree en Dios. Iván concede que es verdad y dice que la única contestación de El a las reprensiones del cardenal es posar un beso suavemente en los labios del prelado, quien manda que salga y nunca más vuelva, "El beso arde en su corazón, pero el viejo se adhiere a su idea" (139). Alyosha equipara a su hermano con el Gran Inquisidor y cuando Iván confiesa que se adhiere a la fórmula "Todo es permitido", Alyosha le besa suavemente en los labios (un "plagio" según Iván), y se despiden los hermanos.

Como notó Ayala en el ya aludido párrafo de su ensayo sobre el arte de novelar, Dostoyevski "se asoma al abismo cuando. . . descubre que si Dios no existiera, todo estaría permitido"; he aquí la fórmula de Iván Karamazov, la clave del cuento y de la novela completa.

Dos Inquisidores y el problema de la libertad.

Preguntado por el profesor Rodríguez-Alcalá acerca de las fuentes de su relato, Ayala contestó en una carta personal, reproducida en el artículo que acompaña los cuentos de Los usurpadores, que se había basado sobre situaciones reales. Cita el ejemplo más notorio de un rabino que pasó a ser obispo: Pablo de Santa María, cuyo retrato esbozó Pérez de Guzman en sus Generaciones y semblanzas, pero aclara que su narración no trata de este caso, ya que se ha trasladado la situación a "una época en la que ya no hubiera podido producirse: la época de la intolerancia y apogeo inquisitorial" (214). Como señala Andrés Amorós en su prólogo a la misma edición, eran judíos conversos los primeros dos Inquisidores: Tomás de Torquemada y Fray Diego de Deza (15) . Rodríguez-Alcalá observa que la presentación del obispo es tan pictórica que parece inspirada por el modelo del Gran Inquisidor Fernando Niño de Guevara del retrato del Greco, pintado alrededor de 1600. La mirada oblicua que lanza el prelado toledano desde el cuadro, detrás de las gafas, y la "comezón" que le nota Rodríguez-Alcalá, efectivamente subrayan su semejanza con el Inquisidor de Ayala.

Un reciente artículo que Ayala escribió para Diálogos, titulado "Inquisidor y rabino" me parece representar una confirmación de esta conjetura. El autor cuenta que al lado de su casa en Nueva York hay una iglesia con su colegio de

jesuitas frente a otra entidad llamada Young Israel, con su sinagoga correspondiente. Los frailes y los rabinos siguen su camino sin hostilidad; "Los tiempos cambian", dice Ayala, quien describe a continuación su sobresalto al tropezar en la calle con el "Inquisidor general Don Fernando Niño de Guevara, no con la vestimenta cardenalicia en que lo conozco, sino vestido de rabino. Sí, vestido de rabino. Bajo el negro sombrero redondo, las facciones, la palidez, la mirada, hasta las gafas mismas de Don Fernando. Diríase que se había escapado del cuadro en que el Greco lo retrató hará pronto cuatro siglos y, quién sabe por qué broma azorante, se había disfrazado así." (8) Dice el autor que no se equivocaba porque lo había contemplado innumerables veces dentro de su marco en el Museo Metropolitano de Arte en Nueva York. Ayala explica que aunque el cuadro del Greco subraya lo siniestro, se sabe que era Niño de Guevara "un espíritu abierto, un gustador de las buenas letras", pero señala que el rabino que se cruzó con él en la calle es la imagen del cuadro. Insiste en que la realidad ("no era sueño, sino realidad muy tangible") es lo que le deparó la visión de este rabino con cara de inquisidor, pero, sin entrar en posibles interpretaciones de esta anécdota, creo que es más exacto decir que su cuento "El Inquisidor" es lo que verdaderamente le hace ver en el rabino al Inquisidor del Greco. Sin duda sus impresiones fueron reforzadas por un parentesco racial y una decidida conformación clerical, pero creo que Ayala, por haber escrito "El Inquisidor" y por haberse inspirado en parte en el cuadro del Greco, reconoce la cara de Niño de Guevara redivivo en un rabino, donde a nadie más se le hubiera ocurrido buscarla.

Al mismo tiempo, si recordamos que el prelado retratado por el Greco fue cardenal, y si nos fijamos en las amenazantes cejas y la mirada cejijunta, estamos ante el Gran Inquisidor de Dostoyevski, el cual "frunce las cejas pobladas y grises" al observar a Cristo frente a la catedral. El Gran Inquisidor no viste su ropaje suntuoso, sino un balandrán viejo y rudo de monje. Ayala no describe el atuendo de su Inquisidor, pero hemos de entender que tampoco estaría vestido en su ropaje oficial en estos momentos íntimos. Lo vemos rodeado de platos de comida casi sin tocar, entre ellos, muy significativamente, "restos de carne fiambre", seguramente carne de cerdo, prohibida a los judíos, y que ahora forma parte de sus manjares cotidianos.

Ambas historias giran completamente alrededor del personaje titular en un ambiente nocturno. Ayala contempla al Inquisidor, hombre solitario en su noche de prueba, acompañado

únicamente por sus pensamientos, sueños y recuerdos. Dostoyevski deja que la exposición de ideas--la cual llega a ser, en realidad, una confesión--ocupe la mayor parte del cuento, frente al silencio del Prisionero.

En los dos cuentos es capital la importancia del tema de la libertad, relacionado con el ejercicio del poder. Por eso "El Inquisidor" viene a unirse a los relatos de Los usurpadores, cuyo tema central es que "el poder ejercido por el hombre sobre su prójimo es siempre una usurpación (24)." Según el autor: "En 1950, después de publicado el volumen de Los usurpadores, escribí todavía una historia más, la de El Inquisidor, perteneciente a la misma vena, que yo había creído agotada, pero que aún dio ese fruto tardío. Ahora queda incorporada al ciclo donde corresponde" (31).

El Inquisidor ha ejercido su libertad para convertirse de judío a católico y asegurar la fidelidad de otros, lo cual representa una usurpación de la libertad ajena. Su celo llega a tal grado que condena a Antonio María Lucero, no por su conducta exterior, que parece irreprochable, sino por la subconciencia judaizante que bajo los rigores de la tortura se revela al invocar al Dios de los hebreos. Su fanatismo es tan extremado que tampoco confía en la fe de los cristianos viejos, como el Dr. Bartolomé Pérez, dormidos en la costumbre. El único cristiano digno parece ser él mismo, siempre en alerta, pero cuando lo vemos en la tortura (mental en vez de física como la de Lucero), con su invocación al "Padre Abraham", se le escapa su gran secreto, no reconocido antes, pero sí temido (¿Era él acaso algún falso mucín?" 133), y de todos modos previsto por el lector a través de los sueños del Inquisidor: la nueva fe nunca pudo borrar por completo a la antigua.

El Inquisidor y el Gran Inquisidor comparten, pues, un secreto común: ninguno es "buen cristiano." El de Ayala no ha podido extirpar su adhesión al judaísmo del fondo de su conciencia y la expresión inconsciente traiciona a la voluntad. El de Dostoyevski reconoce su alianza con el tentador, pero sólo se atreve a revelar su secreto a Cristo mismo. Su celo al encarcelar al Mesías viene a ser cuasi-humanitario; el deseo de aliviar al hombre, débil e indefenso como un niño, del insoportable peso de la libertad que Cristo le otorgó, y darle en cambio la felicidad. Se recordará que el Inquisidor de Ayala también tiene motivos "colectivos", pero tienen que ver más bien con el pasado: mediante su ejemplo, revindicar su estirpe y redimir a sus antepasados.

La dialéctica empleada por los dos Inquisidores es convincente, pero como todo razonamiento que no admite réplicas, defectuosa. El de Ayala hace que las palabras del Evangelio apoyen sus ideas. Estas citas también preparan al lector para la decisión final; "El que ama hijo o hija más que a mí, no es digno de mí (125)? "Si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala y échala de ti" (126), La dialéctica del Gran Inquisidor de Dostoyevski es igualmente cerrada, dando lugar a la más absurda paradoja acerca del hombre: "Su libertad será renunciarla y someterse" (135),

La lógica defectuosa forma la base de la Inquisición como institución para Ayala, quien explica en el ensayo "La perspectiva hispánica" en Razón del mundo, publicado en la misma época que Los usurpadores: "La sutil monstruosidad de la Inquisición no está en sus métodos; tampoco en su espíritu, que era piadoso y magnánimo. Está en su institución misma; en el hecho de que una concepción cultural que afirma el espíritu de concordia y excluye la violencia se organizara en aparato oficial para imponer por la violencia la concordia. Absurdo repugnante, parangón del lamentable absurdo representado por la Monarquía absoluta de un Estado nacional que pretende en vano gobernarse según normas de política cristiana." (9)

Estas palabras podrían servir para comentar su propio cuento y el de Dostoyevski, en que el Gran Inquisidor y los otros que forman el "nosotros" de sus declaraciones imponen por la violencia un régimen--en noitibre de Cristo--que debe culminar en la paz universal. Como los dos prelados han dedicado su vida a servir al sistema, no tienen más nombres en los cuentos que sus títulos: el Inquisidor y el Gran Inquisidor.

Ayala es un autor muy atento a los giros de los vocablos, y los sutiles cambios que ocurren en el diálogo entre Marta y el Inquisidor revisten suma importancia. La hija se dirige a su padre en una forma notablemente impersonal, como si lo considerara ya una institución en vez de persona: ". . . si mi padre hubiera estado en el puesto de Caifás" (136); "¿Cómo saber si entre los que a diario encarceláis y torturáis, y condenáis, no se encuentra el Hijo de Dios?" (137) . Solamente al final, cuando desafía a su padre, subraya la relación familiar con el tuteo, afirmando que al Mesías "lo harías quemar vivo."

En el mismo ensayo citado arriba, sigue Ayala con otro aspecto que explica más sobre el personaje que sobre la institución, e ilumina espléndidamente su propio cuento, que entonces

estaba por escribir: "La persecución devuelve la paz al alma; mientras que, para contraste, el frenesí del perseguidor sugiere con frecuencia la sospecha de una angustiosa inseguridad bajo el ropaje de la saña; se diría que esta saña trata de ahogar en cabeza del disidente la voz que quisiera brotar del propio pecho, y que el rigor de la mano pretende corregir el temblor de la conciencia, utilizando un instrumento demasiado eficaz al servicio de una convicción no demasiado sólida." (10)

El proceso creador transforma esta idea en acierto novelístico cuando el Inquisidor murmura en su desesperación: "¡Asístemme, Padre Abraham!" Esta invocación que resulta tan sobrecogedora para el final del cuento como el silencioso beso de Cristo en los labios del Gran Inquisidor de Dostoyevski, exige algún comentario, ya que no es usual entre los judíos encomendarse a los patriarcas como los cristianos a los santos. Es evidente que al dirigirse simplemente a "Dios" una sola vez no sería suficiente para revelar lo judaizante; se recordará que el juicio del Inquisidor en contra de Lucero se basó en repetidos ejemplos. Pero aquí resulta admisible y aun verosímil que el atribulado personaje, al decretar al sacrificio de "su hija única, su orgullo y su esperanza" acudiera a Abraham, el primer judío, quien se había visto en el mismo trance de ofrecer su hijo al sacrificio como prueba de su fe. Es dudoso, sin embargo, que la hija del Inquisidor sea salvada del sacrificio como lo fue Isaac.

La ambigüedad, cualidad esencial.

En muchos de sus escritos teóricos y críticos, Ayala señala el fenómeno de la ambigüedad como elemento imprescindible en las grandes obras de arte, y con tanta consistencia que hay que tenerlo en cuenta al examinar sus obras de invención. En "El Inquisidor" esta ambigüedad comienza, como en el Quijote, con el lugar impreciso en la meseta castellana donde se desarrolla el relato. Otro elemento de confusión son las citas del Evangelio que parecen animar al Inquisidor, o por lo menos confirmar sus propias ideas.

Es frecuente en Ayala, y sin embargo, siempre estremece de nuevo, ese momento en que sus criaturas "tocan fondo" al descubrir lo insondable de su propia naturaleza. Vemos este momento de autoexamen acompañado por la sorpresa frente a la conducta propia que resulta incomprensible con María Elene en Muertes de perro, Julita Martínez en El rapto y José Lino Ruiz en El fondo del vaso. Pero en "El Inquisidor" la ambigüedad se subraya *¶*sobre todo porque el cuento queda inconcluso, dejándonos suspendidos en el mismo momento de crisis.

No llegamos a saber si el Inquisidor se ha dado cuenta cabal de su desliz al invocar a Abraham o si el descubrimiento es solamente para el lector. Y si inevitablemente concluimos que el Inquisidor es judaizante, estamos incurriendo en la misma injusticia que tuvo él para con Lucero, y nosotros también quedamos frente a la advertencia evangélica en boca de Marta: "No juzguéis, para que no seáis juzgados."

La tremenda ambigüedad que está presente en este cuento, y que hace que el autor prefiera llamarlo "novela corta" (11) por considerar la novela, a diferencia del cuento, un género abierto, es precisamente lo que encantó a Max Aub, como demuestra su poema "El converso", dedicado "A Francisco Ayala, cristiano viejo," con su repetición de la pregunta enigmática:

¿Quién  
es  
el  
fiel?  
¿El,  
converso,  
o éstos  
que mantuvieron  
su  
fe? (19)

Esta cualidad esencial en las grandes obras literarias está presente en alto grado en el cuento de Dostoyevski; en efecto, el autor nos llama la atención sobre ella por medio del oyente Alyosha, quien queda perplejo porque sabe que su hermano quería que Jesús pareciera culpable, pero no ha salido así en su historia. Tampoco está satisfecho con el retrato del Inquisidor, que no es tan negativo como prometía ser. No es difícil rastrear las causas del equívoco. Como Iván mismo es una creación del autor--comprendiendo algunas cualidades que son congruentes con las ideas de éste, y otras no--el Gran Inquisidor, creación a su vez de Iván, encarna algunos elementos contradictorios con respecto a las ideas de Dostoyevski. Como personaje ficticio, tiene algo de su creador y algo de pura invención. El Gran Inquisidor aparece en la última novela que escribió Dostoyevski, cuando los lectores ya conocen sus obras y sus ideas, cuando saben que la libertad humana le importa mucho y que el sufrimiento le parece necesario porque el hombre tiene conciencia. Así que resulta algo incongruente que el Inquisidor adquiera dimensiones heroicas al suprimir la libertad del prójimo. De modo que es evidente que el autor ha asignado al Gran Inquisidor algunas ideas que

están de acuerdo con su propia filosofía: la conciencia como instrumento de sufrimiento, y la debilidad del hombre, pero las combina con otra completamente inaceptable: la necesidad de rendir la libertad para ser feliz. Que el autor permita que su personaje exponga con tanta extensión Cunas diecisiete páginas de las veintitrés que comprende el cuento) ideas contrarias a las suyas es, para mí, el máximo acierto de la obra. De ahí la dificultad de determinar con certeza la actitud de Iván, y por extensión, Dostoyevski hacia los problemas que suscita el cuento, basándose solamente en él. El relato asume el carácter de debate vital, en que el personaje principal toma como punto de partida algunas de las ideas del autor y las emplea en su contra, mientras éste se queda fuera, como Cristo en el cuento, silencioso y atento. ¿Por qué deja que el "abogado del diablo" se apodere del cuento, sin dejar lugar a réplica? Por la misma razón que Cristo no sale a su encuentro: para dar un ejemplo de la libertad más alta que es tolerar y perdonar hasta el error, porque la verdadera enmienda tiene que proceder del ejercicio de la propia voluntad. ¿Por qué al final de su dilatada tirada el Gran Inquisidor anhela tanto que Cristo le conteste? ¿No será que su propio razonamiento cerrado le ha revelado dudas, haciendo que sea verdad el refrán: "Por la boca muere el pez"? Hay enorme ambigüedad en el hecho de que el secreto del Gran Inquisidor es que no cree en El, ¡porque para negarlo, tuvo que reconocerlo primero, y darse cuenta de que está ante el Cristo, en quien no cree! Iván dice al realista Alyosha que si quiere creer que se trata de un quid pro quo, o sea que en realidad no era Cristo, está bien, pero como se trata de una invención de Iván, una mera fantasía, la cuestión deja de ser urgente. Luz y oscuridad, sangre y palidez.

Curiosamente, coinciden ambos cuentos en el empleo de imágenes asociadas con la luz y la sangre. Las descripciones físicas de los protagonistas son breves pero ponen especial énfasis en los ojos. Los del Gran Inquisidor están hundidos en la cara marchita y emiten el brillo de un fuego siniestro, tal vez reflejo de las hogueras devoradoras de herejes y de su alianza con el tentador. Lleva en la mano una luz cuando baja a la oscuridad del calabozo en el Palacio Inquisitorial. La coloca en la mesa entre él y su Prisionero, como si representara la verdad que está en disputa.

El Inquisidor de Ayala tiene los ojos miopes detrás de las gafas, tal vez por dedicarse al examen interminable de los documentos inquisitoriales. Por estos ojos miopes no llegan

a penetrar en el corazón endurecido del obispo ni las miradas candidas de su hija ni las acusadoras de Antonio María Lucero, cuyo apellido mismo sugiere luz. En su recuerdo, los ojos de su concuñado le brillan al ras del suelo, mientras en su sueño, la miran desde arriba. Lucero y el Inquisidor reflejan la misma inseguridad; la diferencia está en la posición de poder (arriba o abajo) que permite al uno imponerse al otro. Una afirmación que aparece en las primeras páginas del cuento resulta levemente simbólica a pesar de ser una forma corriente de expresión. Dice el narrador que al rabino "Nuestra Señora le quiso abrir los ojos a la verdad", hecho que causó su conversión. Estos ojos abiertos "a la verdad" son miopes; confunden Lucero con Lucifer en su fanatismo desenfrenado.

En Ayala, sin embargo, la luz no se confunde con el fuego, como ocurre en el cuento de Dostoyevski. La luz contrasta con la penumbra en la que trabaja y sufre el Inquisidor, la del sótano donde torturan a Lucero y la de la alcoba de Marta. Al fin, ya de día, entra "un rayo de sol fresco", y ahora, en plena luz, presenciemos la revelación final. En la descripción del Inquisidor al comienzo de su noche de prueba, hay un detalle que llama la atención por su omisión. Vemos al obispo rodeado de pan, ciruelas, restos de carne, una jarrita de vino y un tarro de dulce sin abrir, pero dentro de este inventario tan minucioso, no hay ninguna mención de luz; ninguna vela está allí para iluminar la penumbra en que inexplicablemente trabaja el Inquisidor, leyendo y releendo los documentos de los procesos. En la alcoba de Marta, en cambio, el autor hace destacar la presencia de la luz--la que emite una mariposa de aceite.

La palidez o falta de sangre es otro elemento común en ambos cuentos, pues el Inquisidor de Ayala tiene "la cabeza amarillenta" y al final queda "pálido como un muerto" después de renunciar la llamada "fuerza de la sangre" al condenar a su propia hija. El Gran Inquisidor de Dostoyevski, de cara marchitada y ojos hundidos, recibe el beso de Cristo en sus "labios sin sangre" sin la sustancia vital que lo uniera a los hombres de carne y hueso--y sangre--porque se ha puesto encima de ellos para controlar sus destinos.

Otro detalle interesante es el temblor de labios que aflige a los dos Inquisidores en los momentos culminantes de las respectivas historias: el enigmático beso que Cristo posa en los labios del Gran Inquisidor, y la condena de la hija del Inquisidor:

Dostoyevski; "Algo tiembla en los bordes de sus labios" (139).

Ayala: "Sus labios temblaron en una imploración" (137).

El "españolismo" del tema.

En estas ficciones tan llenas de concordancias, cada autor vierte su particular visión de la vida, la cual no puede ser igual a la de otra persona por ser cada cual quien es. Ayala --novelista, crítico y sociólogo-- es español. Le interesa la problemática humana en sus aspectos sociales e individuales, particularmente en un contexto histórico español. Esto es aparente en sus obras de invención *Los usurpadores*. La cabeza del cordero y *El rapto*, y en los ensayos de su libro *Razón de mundo*; la preocupación de España. La visión española en su obra creativa es importante, pero lo es también su visión de novelista que busca ciertas maneras propias de elaborar la materia de sus escritos. Emplea en "*El Inquisidor*" algunos de sus procedimientos narrativos predilectos como el hábil manejo de vistas retrospectivas que apenas se hacen notar. A través de estas vistas retrospectivas, el pasado sirve para iluminar el presente problemático del individuo, igual que el repaso de la historia en general puede ayudar a los hombres a comprender mejor su presente. Mientras que Ayala favorece la narración en el pasado, Dostoyevski emplea el presente del verbo en su cuento, lo cual subraya el hecho de que es Iván quien recrea para su hermano una historia que él ha compuesto, pero que todavía no ha escrito. Dostoyevski también emplea en "*El Gran Inquisidor*" una manera de escribir preferida: la confesión individual.

Pero puede preguntarse por qué escogió Dostoyevski un ejemplo no sólo alejado en el tiempo histórico, como el cuento de Ayala, sino también remoto en el espacio. Sólo podemos ofrecer conjeturas, pero es más cómodo encubrir las circunstancias propias bajo lo que aparenta ser una situación ajena. En la Rusia de los zares, Dostoyevski sufrió prisión y privaciones. La Inquisición española le ofrece la oportunidad de examinar un sistema que aspira a poner límites a la libertad. Pero como este sistema es al mismo tiempo teocrático, permite al autor expresar sus opiniones sobre la Iglesia Católica en contraste con la de Rusia, libre del sistema papal, y además desarrollar ideas fundamentalmente religiosas sobre la fe, el sufrimiento y la felicidad. En España, país de Don Quijote, el soñador jesuita de Dostoyevski idea una extraña utopía. El autor trata estas consideraciones religiosas, filosóficas y sociales en forma básicamente discursiva, haciendo que su cuento tal vez parezca menos "novelesco" que el de Ayala. Sin

embargo, está lleno de invención, en el singular personaje titular y en la visión de esta segunda venida de Cristo. Alyosha, quien puede representar aquí a los lectores, protesta contra la inverosimilitud de esta última circunstancia, pero Iván ya habla explicado que en el siglo XVI era costumbre traer a los poderes divinos a la tierra en el teatro y en la poesía. Además, le da a su hermano la opción de considerarlo un caso de identidad equivocada si no puede aceptar la fantasía en su cuento. Así que básicamente, el tema del Gran Inquisidor es un pretexto para abordar otros temas no particularmente españoles.

No es difícil ver por qué Ayala elige novelar sobre una idiosincracia tan notoria de la historia española. Azorín lo hizo dos años antes que Ayala en su libro *Una hora de España* (Entre 1560 v 1570). Su brevísimo relato "El viejo inquisidor" guarda algún parecido con el final de "El Inquisidor". Azorín presenta al viejo inquisidor en su cámara, frente a sus libros, pensando en su hijo y recordando cómo él y su esposa fallecida se preocupaban por el niño callado, dado a la lectura, y de precaria salud.. Con el terrible golpe de la muerte de su esposa, el viudo había renunciado a las cosas terrenales y llegó a ser consejero de la Suprema Inquisición. Su único hijo, cuya cara le recuerda la de la madre, ha crecido; ya no estudia teología, sino medicina y ha regresado de París y Flandes. Pero el inquisidor ha encontrado libros heréticos entre sus cosas, y ahora, mirando el retrato de la madre, espera a su hijo. El cuento, como más tarde el de Ayala, termina inconcluso: "Los pasos se oyen más cerca. El viejo caballero, instintivamente, sintiendo una dolorosa opresión en el pecho, se levanta. Una mano acaba de posarse en el picaporte de la puerta. La puerta se está abriendo. . ." (12)

El inquisidor de Azorín no es un personaje temible, sino un "viejo caballero", inquisidor con minúscula, que no oculta ningún secreto como los de Ayala y Dostoyevski. Es simplemente padre y juez que está en el apuro de hacer lo que tiene que hacer--lo que no le vemos hacer en el cuento.

En los relatos españoles, de Azorín y Ayala, el sacrificio del hijo único puede ser para ambos inquisidores la máxima prueba de la fe cristiana. Después de todo, es la prueba que quedó trunca en el episodio de Abraham, el primer judío, y su hijo Isaac, pero la que fue consumada en el Nuevo Testamento con nueva significación teológica en el ejemplo de la crucifixión del Hijo divino, permitida por Dios-Padre en nombre de la redención de la humanidad.

Pero Ayala combina el tema del inquisidor con el del judío converso, cuyo perfil ha llegado a primera plana en nuestros días, gracias a numerosos estudios de Américo Castro. Una curiosidad literaria señalada por este notable erudito en 1957 con respecto a Lazarillo de Tormes para revelar la condición de converso de su anónimo autor, utiliza un método ya conocido y descrito en el cuento de Ayala siete años antes. Observa Américo Castro que "el nombre de Dios aparece 61 veces, 15 Señor y una como Señor Dios. La única referencia a las personas de la Santísima Trinidad es ésta: 'Alumbrado por el Spiritu Sancto, dije al calderero' (edición expurgada del siglo XVI la suprimió). No se mencionan Cristo, Jesús o la Virgen María. En cuanto a santos, hay dos citas de San Juan en expresiones como '¡Sant Juan, y ciégale!' y 'hacer San Juan,' 'mudarse de casa'." (13)

En sus libros, Américo Castro contribuye un caudal de datos para el estudio del converso como autor, pero Ayala nos lo da como personaje novelesco, en toda su complejidad psicológica y dramatismo humano. Por eso "El Inquisidor" de Ayala es una obra eminentemente española.

Un estímulo común: el Inquisidor, ser solitario y atormentado, ejerciendo el poder temporal que le ha entregado un sistema religioso, justificando sus actos en Su nombre. Dos autores sentados en un cuarto redondo frente a sus cuentos, tan parecidos y sin embargo tan distintos, siendo ambos, obras maestras de sus respectivas literaturas.

#### Notas

- (1) (New York: Harcourt, Brace & Co., 1927), pp. 7-24.
- (2) Los ensayos: Teoría y crítica literaria (Madrid: Aguilar, 1972), pp. 551-552.
- (3) Ver el capítulo "Novela y novedad" en mi libro Teoría y creación literaria en Francisco Ayala (Madrid: Editorial Credos, 1971).
- (4) Ver la introducción de Anne Fremantle a The Grand Inquisitor (New York: Frederick Ungar, 1956), p. xv.
- (5) Ralph E. Matlaw, "Introduction" a Dostoyevski, "Notes from the Underground" and "The Grand Inquisitor" (New York: E. P. Dutton, 1960), p. xxi. Las páginas de Dostoyevski que cito en este trabajo son de esta edición. La traducción del inglés al español es mía.
- (6) Fremantle, op. cit., p. viii.

(7) Las páginas citadas del cuento "El Inquisidor" y de los autores Andrés Amorós, Max Aub y Hugo Rodríguez-Alcala son todas de esta edición, publicada en Barcelona.

(8) Diálogos, Revista de El Colegio de México, 58 (julio-agosto 1974), 19. El artículo también fue publicado en La Nación (14 de julio de 1974).

(9) (Xalapa; Universidad Veracruzana, 1962), p. 108.

(10) Ibid., p. 109.

(11) En "Inquisidor y rabino", loc. cit.

(12) (Madrid; Espasa-Calpe, segunda edición, 1957), p. 82. La primera edición es de 1948.

(13) "El Lazarillo de Tormes", Hacia Cervantes (Madrid: Taurus, 1967), p. 154.